Año IX

Habana 15 de Febrero de 1891

Núm

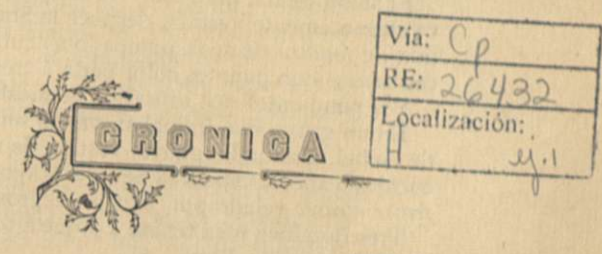
Semanario Ilustrado, Literario y Artístico

CRÓNICA DE LOS SALONES

Sumario

TEXTO.—Crónica, por *Fleur de Chic*.—Correspondencia; de Emilia Casanova de Villaverde, por Conde Kostia.—Marina, por Enrique Hernández Miyares.—Dramas Augustos, por Ramiro.—En un Album, por Enrique Fontanills.—Sueltos.—Notas y noticias.—Anuncios.

GRABADOS: Capricho, por M. Barrio.—Modas, por C. Ortiz.



A JULIAN DEL CASAL,
(chroniqueur.)

Mártes. *Bal masqué* á la Caridad del Cerro.

Una reunión deliciosa. No había aquella enorme concurrencia de otros años; pero el número, suficiente á llenar el salón, era elegante y escogido.

Pocas máscaras, mas llenas de verdadero *esprit*.

En fin un *succés*.

Un dominó negro, cubierto de encajes del mismo color, me extiende una delicada mano que aprisiona un fino guante de cabritilla.

—¿Cómo estás?—me pregunta.

—En este momento muy bien.

—¡ Gracias! ¿Quieres darme el brazo?

—Estoy á tus órdenes.

—¿Galantería?......

—No! Lo hago con gusto. ¡ Palabra de *Fleur!*

Dimos una vuelta, después nos sentamos en el jardín.

—Quiero preguntarte—me dijo la máscara—por uno de tus amigos.

—¡ Vamos! Ya apareció el *interés*—exclamé sonriendo.

—No creas. Es una historia que no me interesa. ¿Quiéres que te la refiera?

—¿Historia de amor?

—Sí.

—Pues ya la sé. Todas son iguales.

—¡ Cómo!

—Es natural. Se ven, se aman. El la quiere con delirio, ella lo adora. Al cabo del tiempo, seis meses, un año, pongamos dos, á lo sumo, él la olvida; ó sucede buenamente que ella lo engaña porque se acuerda que *pierde* su tiempo...... ¡ Oh! conozco la canción.

El dominó negro me contempló largo rato sin responder.

—Sí,—dijo al fin—así son todas las historias, pero la que yo iba á referirte no es igual. Escúchame.

Y bajando la voz me hizo en breves palabras una triste relación, llena de dolor y de amargura. Sus protagonistas viven en el mismo mundo, ambos están casados.

El lleva la muerte en el alma y la sonrisa en los labios, y ella también comparte su vida con la desesperación y la agonía.

La máscara que me hacía esta relación olvidó su papel, quizás no había entonces para ella en el mundo, sino una inmensa desgracia. Me hablaba en su voz natural, sin cuidarse de fingirla. Su palabra nerviosa tenía las vibraciones de una cuerda y los ayes de una agonía.

Cuando concluyó, parecía estenuada.
Estuvo largo rato en silencio.
Después me preguntó:
—¿Me ha conocido usted, verdad?
Ni siquiera se apercibía que ya no me tuteaba. La miré tristemente y respondí:
—Nó.
—¡Gracias!—me dijo ella entonces estrechándome las manos—en cambio le doy ese asunto para su crónica. Escriba usted algo, que á los muertos hay también que recordarlos.
Y levantándose.
—Adiós—repitió ¡y gracias!
—Un momento—interrumpí—yo debo ir al salón, pero antes quiero dejarla como desearía encontrarme yo siempre.
Y llamando á un amigo que hacía un rato veía reclinado en el marco de una puerta, le dije:
—Señora, no puedo proporcionarle mejor compañía. El amigo que le presento es uno de aquellos hombres cuya mano se estrecha siempre con satisfacción y con orgullo. Le aconsejo su sociedad que es la de un hombre galante y distinguido.
—Ya le conozco—exclamó el dominó negro con su voz fingida—de léjos, pero sé quien es.
Y dirigiéndose á mi amigo:
—Mario Lebredo, ¿verdad?

*

El salón estaba precioso. A los pocos pasos Ernestina Oliva elegantemente vestida, después la Sra. Sandoval (*ainé*) vestida de *foulard* de seda pompadour, cubriendo sus aristocráticas manos con guantes color perla á tres rayas negras.
Por pendientes dos solitarios hermosísimos.
En un grupo que formaban varias señoras: la de Robelin, la de Gobel (Caridad Aguirre) vestida de raso rosado cubierto de encajes blancos, estaba la Señora Mayoz de Roldan vestida de *fraise ecrasée* velado por encajes negros.
Tres dominós rosa tenían á jaque á todo el mundo.
—¡Te conozco Fleur!
—Lo dudo.
—Acuérdate de aquella declaración que me hicistes.
—Pero, ¡si cuando te hacían declaraciones yo gateaba!
Me dió un abanicazo y se marchó furiosa.
En un extremo de la sala estaba Fermín Goicoechea hablando con una máscara cuya cabeza cubría un *chal* de encaje blanco.
—¿Tu la conoces?
—Yo nó, pero sé que vá á vivir mucho.
—¿Porqué?
—Porque todo el que tiene las orejas grandes no se muere nunca y mira las de esta.
Efectivamente, eran del tamaño de las de un tío mío, que las tiene enormes.
La máscara sufrió casi un ataque de nervios y fué á darle las quejas á Andrés Zayas que "hacía los honores de la casa con la amabilidad que le caracteriza."
Después volví á encontrarme á uno de los dominós rosa, bailando con José María Galvez y Delmonte.
—¡Hola! ¡hola!
—¿Qué quieres? me preguntó con la chillona voz de las circunstancias.
—¿Tu crees en las refranes?
—Yo sí.
—Pués aplícate este: *Por el hilo se saca el ovillo.*

*

Había en la sala un tipo ideal. Es una señora cuya interesante figura llama poderosamente la atención. Tiene la espiritualidad de los ensueños y la poesía de los rayos de luna.
Su nombre es el mismo que sirvió á Bernardino de Saint Pierre para bautizar la heroina de su más bello poema.
Aquella noche, en el baile de *La Caridad*, estaba deslumbradora, con ese resplandor de los vestales, un *melange* de tranquilidad y de pureza.
He aquí su *toilette*, un *vrai* Doucé. Raso verde Nilo, muy pálido; el corpiño abierto *en cœur* velado con punto también verde Nilo que caía por delante en la falda.
Todo el vestido estaba cubierto de alamares de acero bruñido, cayendo *trois rangées* como *epaulettes* sobre el brazo. Los guantes que subían casi hasta los hombres eran de piel de Suecia *ocre jaune*. Al cuello una doble hilera de perlas. Era un traje *ravissant*.
Jugaban sus dedos con un abanico cuya descripción os hago para que conozcáis una verdadera joya.
Nada hay tan ideal como el abanico. Es el complemento natural de la mujer, cuya poesía se filtra á través de las varillas que apenas tocan un encaje ó sostienen vaporosas plumas.
Era un varillaje de marfil, de un blanco ligeramente teñido de crema. Montado en cabritilla había pasado á las manos de Hostolh el romántico hijo del Rhin, cuyas deliciosas acuarelas se disputan las damas de Francia.
En aquel abanico hizo un poemita en cuatro actos, representado por ángeles. Era toda una historia para conseguir un nido, semejante á esas empresas en la vida en que se dá el alma para conseguir la dicha.
Las cuatro partes se titulaban *Flanerié*, *Decouverte*, *L'assaut* y el *thrionphe*, solo que como sucede tambien muchas veces en la vida, aquel angelito que trepaba ansioso por las ramas del árbol, cuando llegó al nido encontró que los pájaros ya habían volado!
Un poeta, "cuya vida se pareció á su muerte" escribió sin duda para ese abanico los versos siguientes.

LÁGRIMAS.

Lanzaba un niño inocente,
con un tubillo de pluma,
brillantes globos de espuma
por el aire trasparente.

De sus galas de topacio,
de púrpura y de zafiro,
risueño, el lánguido giro
seguía por el espacio.

Y absorto en las maravillas
de aquel milagro de lumbre,
hácia la excelsa techumbre
tendía las manecillas.

Más, ay! en rápido instante
los globillos se rompieron,
y en leves gotas cayeron
sobre su triste semblante.......

Sonreí con amargura
al ver su faz abatida,
y "así, me dije, en la vida.
pasa la humana ventura:

Así, en el aire en que nacen
nuestras locas ambiciones,
fallecen las ilusiones,
y en lágrimas se deshacen!"...

Si las lectoras de mi crónica desean conocer la señora cuya figura acabo malamente de esbozar, vayan á la ópera, una noche del turno par, y en un palco de segundo piso á la derecha, verán una dama,—á la que pido mil perdones por las indiscreción que cometo—que os hará recordar á Byron viendo *une goutte de rosee suspendue sur la violette.*

*

El paseo del Carnaval ha sido poco interesante.
Algunos trenes, la mayor parte deficientes en correción, han recorrido la larga carrera que se estiende desde el castillo del Príncipe hasta la Punta.
Uno de ellos, bastante bien puesto, tenía sin embargo un detalle de mal gusto. La trompeta esa que acostumbra á sonarse en los *talli-ho* es tocada siempre por los lacayos que van en la trasera.
Un caballero muy conocido que iba en el carruaje á que me refiero, demostraba sus habilidades en el instrumento, pero olvidaba esta circunstancia de buen tono.
Los carruajes que iban en el cordón, en su totalidad, coches de plaza, y las máscaras que los ocupaban eran *du dernier.*
El Carnaval ha perdido ya entre nosotros, su antíguo esplendor. Esto, en mi concepto, es un signo de adelanto, aunque á primera vista no lo parezca. No hay nada tan cursi ni de peor gusto como las fiestas populares. Divertirse en determinada época, huele á provincia, como participar de los regocijos que marca el almanaque denuncia la aldea.
Así como pasaron ya las fiestas de Reyes, de Nochebuena y otras, tengamos la esperanza que el carnaval sea lo que es en la gran metrópolis americana; una época que celebra el que quiere, sin unirse al populacho, y sin alterar la tranquilidad de la población.
Al *fin del siglo* que vivimos, no es racional una manifestación tan pueril.
Los bailes del *Círculo Habanero* y de otras sociedades no se han visto tan concurridos como antes. Bien es verdad que la primera noche de carnaval se bailaba en CATORCE sociedades distintas.
He oido decir á Fontanills que el Casino Español, cuyos salones estrenaba este año, ha visto su casa muy concurrida. El Sr. Francisco de la Cuesta, encargado del adorno del local, ha debido hacer una cosa notable.

*

Dentro de muy poco habrá concluido el Carnaval y con él los bailes. En la buena sociedad ya no se baila á causa de la cuaresma, de modo que hasta las Pascuas no tendremos una recepción.

Algunas señoras continúan recibiendo á sus amistades durante esta época, pero la visita se reduce á una simple *causerie*.

La Sra. Du-Quesne de del Valle, se queda en casa los miércoles tercero de mes, hasta pasada la semana mayor en que nos ofrecerá un baile como el brillantísimo que nos dió el 19 del pasado.

La señora de Casariego aún no ha señalado el día para la visita de *agradecimiento* (antiguamente se decía *digestión*) á su último baile en la comandancia de marina.

La señora Isabel García de Delgado se queda en casa los martes 1º y 3º.

La Sra. Dolores Roldan de Domínguez, recibe los sábados 2º y 4º.

La de D. Isidro Oliva los sábados 1º y 3º.

La Sra. Abreu de Goicoechea los jueves.

Y la Marquesa de Balboa, los domingos.

La Condesa de Fernandina, la Sra. Alfonso de Güell, y las familias de Laguardia, Ponce de León, Morales y Montalvo, guardan luto.

*

Una noticia que será sumamente agradable en la buena sociedad, es la del restablecimiento de la distinguida señorita Dolores Morales y Bachiller, hija de los Marqueses de la Real Campiña.

La enfermedad que puso en peligro los días de esta señorita ha sido terrible, causando las tristísimas nuevas que teníamos, honda pena en los círculos aristocráticos, donde la Srta. Morales era justamente celebrada por sus relevantes cualidades.

Deseamos que la convalecencia sea rápida y que pronto vuelva á la sociedad donde ocupa un brillante puesto.

*

La ópera continúa bastante concurrida, gracias al abono que lleva en pos á la concurrencia que va al teatro porque van los otros.

De la señorita Nicelli se ha hecho un recurso que emplean ya en Fausto ya en Trovador.

De la contralto no han podido hacer nada. Y á Aramburo lo han dejado por imposible.

He aquí la situación.

*

Le mot de la fin.

Había en *La Caridad del Cerro*, en el último baile, una máscara original.

Su vestido era idefinible, su carácter sin relación alguna.

Cuantos á ella se acercaban trataron de penetrarlo con frases intencionadas y hasta con preguntas categóricas.

A todo la máscara respondía con su silencio.

—¿Cual es tu misión en la vida?—preguntaba uno.

—¿Para que sirves tu? increpaba otro.

—¿Has hecho alguna vez algun bien?

—¿Has prestado algun servicio á tus amigos?

—¿Me has pagado nunca un refresco? demandaba con voz chillona un dominó.

—¿Que utilidad le prestas al país?

—¿Y á las artes?

—¿Y al mundo?

—¿Que color tienes?

—¿Cuales ideas son las tuyas?

—¿A quien quieres?

—¿Que hombre eres?

Y las preguntas llovian y la máscara imperturbable se deslizaba saludando políticamente con una sonrisita irónica, á cuantos encontraba á su paso.

Asi llegó á la puerta, y cuando el último le preguntaba:

—Pero, dí, ¿quien eres tú?

El respondió con su egoismo sonriente:

—*Yo soy rico.*

FLEUR DE CHIC.

CORRESPONDENCIA

DE EMILIA CASANOVA DE VILLAVERDE.

Hay libros que deben leerse muchas veces para apreciarlos bien y completamente. No basta la primera impresión recibida, para que el juicio emitido surja imparcial y selle su mérito ó su deficiencia. En obras *personales*, sobre todo, inspiradas y dictadas por la pasión política, esta necesidad es más imperiosa.

Yo he leido, pronto y *grosso modo*, el volúmen que encierra la *Correspondencia*—no completa—de Emilia Casanova de Villaverde. la esposa del aplaudido novelista cubano que esculpió *Cecilia Valdés*.

Esas cartas han sido escritas de 1869 á 1876—época de la guerra separatista comenzada en Yara,—cerrándose bruscamente la serie en Mayo del 76. Están escritas con fiebre de combate y cierta brutalidad espartana, extraña en nuestra época tan enervada y desalentadora. En casi todas, la acusación salta con la hosquedad y el grito seco del gatillo cayendo sobre el *fulminante*, dando al cuaderno en que constan, un tono destemplado de *requisitoria*.

Yo no he podido, lo repito, compulsar los hechos para decidir si tiene ó no razón la nostálgica emigrada en sus frases contrarias á Zenea, á Mestre y tantos otros que el recuerdo de un pueblo *aureola*, ó si un error, verdaderamente femenino, ante un desastre inmerecido, nubla la vista y nubla la razón de la que llama su biógrafo la *Roland cubana*.

Yo me inclino á creer que en esta frase está el *hic* de esa *Correspondencia*. La leyenda, no la historia de Mme. Roland, es la que ha hecho de Emilia Casanova la fogosa revolucionaria del tiempo de la guerra.... y del tiempo de la paz. Ciertos temperamentos se adaptan á ciertas figuras extraordinariamente alzadas en la Historia y continúan—acaso imperfectamente—la obra que juzgan comenzada viril y fieramente.

Ah! si la mujer—toda sentimiento—pudiera estudiar fríamente—en la Historia, no en la *gesta*—esas existencias que pasan doradas por el sol del renombre—á veces agrandadas inconscientemente—cómo rectificarían impresiones erróneas!.. Mme. Roland fué una burguesa vanidosa y hueca que el amor protegió dándole una diadema de martirio caida en su frente por "chiripa." Un alma honrada sale podrida de una lectura de sus *Memorias*. Hay alli cuadros de una complacencia libertina ante los que el pudor repliega las alas. Es el Rousseau de las *Confesiones*, pero sin la gracia ática del rival—feliz—de Voltaire.

Sin embargo, es un nombre mágico, como el de Jorge Sand, que ha hecho, á millares, desgraciadas.

Pero volvamos al libro de la señora de Villaverde. No parece escrito por una mujer. El Mario de *Los Miserables*, antes de llegar á la mayor edad, cuando tanteaba en los enmarañados estudios políticos y sociales que más tarde hicieron líricas sus frases, hubiera escrito esas páginas breves, concisas y secamente enérgicas.

Emilia Villaverde descarna la frase hasta hacer de ella un esqueleto, y la lanza, empenachada de rencores, sobre el blanco (hombre) á que apunta. Es, verdaderamente, un privilegio ser mujer; un hombre no se atrevería á escribir, en cartas destinadas á rodar de mano en mano, frases de una dureza semejante.

Hay un libro (de Héctor Pessard, creo), que se titula "Mes petits papiers"; lo dice todo, respecto á asuntos de orden análogo, y es más convincente, por la cordura y la serenidad de la expresión escrita, que el libro "sal y polvora" de la distinguida dama.

La revolución cubana, vista al través de esta sibila de la Derrota, parece una cadetada, cuando fué, en realidad, uno de esos rasgos sublimes que el historiador eterniza en el granito indestructible de la conciencia. Desde Agramonte, corriendo á la muerte, como el guerrero ateniense, con una palma en la mano, hasta Maceo, protestando del Zanjón y resistiendo como un Ajax, el choque de todo un ejército, ¿qué es la Revolución Cubana sino el asombroso despertar de una generación hipnotizada y "sugestionada" por cuatro siglos de resignada sumisión?

En ese estudio, lento y seguramente continuado, de cuatro siglos "sin nombre", esta el verdadero interés de esta tragedia que fué la "Insurrección." Analizar sus orígenes, seguir sus manifestaciones, trazar sus etapas y narrar el drama, esa es la misión que el porvenir exige á los actores que aún quedan.

Todo lo demás es campanear en el vacío. Porque saber si Emilia bordó dos ó tres banderas, ó si Aldama dió ó no 30.000 pesos á Aguilera, ó si el capitán tal se hospedaba en casa de la escritora, son "cancans", como dice Rastignac, ó "bagatelas", para hablar como Targil.

CONDE KOSTIA.

MARINA.

A Nieves Xénes.

Triste, abatido, fatigado y mudo,
sobre la prora del bajel velero,
ví como ya impaciente y placentero
levaba el ancla el marinero rudo.

Hincháronse las lonas, cuánto pudo
brisote récio hincharlas altanero,
y por el ancho, ignoto derrotero,
forjó la nave un nudo y otro nudo.

Por el desierto mar, acompañado
del diálogo del viento y de las olas,
más imponente cuanto más airado,

sobre la prora del bajel, á solas,
pláceme recordar el bien pasado,
perdido entre rientes barcarolas!

ENRIQUE HERNANDEZ MIYARES.

ULTIMAS MODAS por C. Ortiz.





CAPRICHO, por M. del Barrio.

DRAMAS AUGUSTOS.

A Manuel Sanguily.

Nadie hubiera podido creer si no lo dijeran ultimamente Rodolfo de Hapsburgo y Balduino de Bélgica, que el romanticismo resucitara en las postrimerías de esta centuria y en las regiones más elevadas de la sociedad. De algunos años á esta parte, los indivíduos de sangre real vienen suministrando ejemplos repetidos de trágicos desenlaces que ofrecen un aspecto *sui géneris* dentro del equilibrio social en que vivimos. Porque si hay algo que caracteriza energicamente á la vida contemporánea, es la inquebrantable disciplina que la rige y la serena uniformidad de sus manifestaciones. Todo el que obra fuera de la prosáica armonía en que vivimos, es un extravagante, y más todavía, un demente si acentúa su especial particularismo rompiendo el molde común de que ha salido. El equilibrio de facultades en el individuo se refleja de un modo exacto en el equilibrio de elementos que forman las sociedades cultas, la colectividad civilizada.

Hoy anotamos como un caso de neurósis lo que hizo Garibaldi al pelear por los pueblos oprimidos, cuando en la edad media deshacer entuertos y enmendar desaguisados era ocupación corriente y favorita de los andantes caballeros. Las aventuras de Cordon nos parecen cosas estupendas, poco menos que ciclópeas, mientras que las de Scanderberg, Duguesclín, Hernan Cortés y Bayardo eran, para sus contemporáneos, la expresión natural y legítima del esfuerzo propio servido por la fortuna.

Ahora bien: entre todas las instituciones del pasado, la monarquía, por su naturaleza y sus orígenes, es la única depositaria de esas tradiciones lejanas, de ese heroismo épico que está ya fuera del tiempo y del espacio. Mas ¡ay! tan ilustre depósito es urna vacía que guardan personajes coronados, como guardaban los caballeros de las Cruzadas el sepulcro sin despojos de Jesucristo! Desde que la revolución francesa echó las bases del sistema representativo, los reyes languidecen en la inercia y viven prisioneros de sus parlamentos y sus ministros. Los mismos esplendores que los iluminan para recordarles, sin duda, su omnipotencia de otros dias, contrastan dolorosamente con la forzada quietud á que se les sujeta. Hoy el monarca en los pueblos cultos, no es más que un símbolo y, dentro del juego convencional de los poderes, un factor con menos iniciativa que el más oscuro diputado de un Congreso. Una institución que ha sido creada para el culto idolátrico de los pueblos y que por sus mismos deslumbrantes atributos, el cetro de oro, la corona escarchada de piedras preciosas, el rico manto de púrpura, está indicando que es la manifestación más alta de la soberanía, la cúspide del poder y las grandezas, sometida á las ficciones constitucionales, es un caso raro de adaptación parecido al de ciertas plantas tropicales en los invernaderos europeos.

Por eso los príncipes se rebelan contra la esclavitud de su inacción, y sacudiendo el hastío que les sugiere todo cuanto les rodea en las cámaras suntuosas de sus palacios, quieren hacer algo que sacuda por un momento siquiera, las consecuencias indiferentes de sus pueblos. Y he aquí el orígen de los augustos dramas, de las tragedias ilustres, de esos espectáculos inesperados de *fin de siglo*, que tienen por protagonistas y víctimas á los más altos entre los poderosos de la tierra.

Pero no siempre los ungidos por el óleo de la soberanía pueden ejercitar su actividad al modo heróico de Maximiliano que sucumbe en la terrible aventura de Querétaro, ó como el hijo de Napoleon 3º que concluye á manos de los bárbaros de Zululandia; los hay como D. Pedro del Brasil, el cual herido por el tedio que las grandezas humanas provocan en los espíritus elevados, pide á la ciencia y al arte el olvido de su rango, viaja como para dejar muy lejos la carga sofocante de sus deberes excepcionales, y cuando llega el momento en que su pueblo le despide para siempre, pasa serenamente de la categoría de césar á la de simple particular, quitándose con júbilo el grillete de oro de su forzada autoridad. Qué argumento tan fecundo en la pluma de un psicólogo á lo Paul Bourget, qué serie de datos para estudiar y conocer una conciencia fuera de su medio y que al sentirse oprimida por el peso de la corona se debate en la lucha porfiada del sujeto con la realidad que lo limita!

Esta contradicción entre el medio y los estados íntimos del espíritu, explica, también, aunque con distinto resultado, la extravagante personalidad de Luis de Baviera, un monarca babilonio extraviado en la prosa del siglo XIX. La extraña demencia del rey bávaro, es un argumento incomparable para algun Shakespeare del porvenir. La fantasía y la realidad, está sirviendo de esclava á la primera, trabajan de consuno para moldear artísticamente y dar proporciones extraordinarias á ese loco coronado que levanta palacios maravillosos en donde anidan las águilas, que gasta millones de francos en juegos de sábanas para uno de sus lechos, que construye un teatro para Wagner y se da el gusto de oir óperas fantásticas con la sala á oscuras y el escenario en la penumbra; siendo él el único espectador de aquel sueño poblado de cisnes y *valkirias*, y que en las noches sombrías del invierno germánico, con el brillo y la rapidez de un bólido cruza los desiertos campos en su dorada carroza tirada por negros caballos, azotado por el viento y por la nieve y sin saber en cual de sus alcázares de mármol detendrá el torbellino de sus frenéticos deseos. El suicidio tenía que ser la última palabra de aquél misántropo fastuoso.

Capítulo más interesante y más propio para el desenlace de un drama en plena idealidad romántica, presenta á la Historia Rodolfo de Hapsburgo en sus trágicos amores con la baronesita de Vestchera. Desdeñoso hacia la imperial diadema—como D. Pedro—solía decir que hoy los reyes están demás habiendo como hay presidentes de repúblicas. Indómito como Luis de Baviera, la diversión que más hubo de impresionarle, fué la caza de fieras en los arenales de Egipto, considerando como la expresión más completa de la felicidad la vida que llevaba en el desierto semejante á la existencia tormentosa del beduino. Amante del estudio, se lanzó á él con vehemencia desordenada para precipitar, después, todas sus energías en el amor culpable que le esperaba fuera del lecho conyugal, y en aquellas escenas de pasión frenética que solo pueden compararse á las últimas de Leonor y Manrique; en aquel delirio tremendo, único que podía sacudir las fibras dormidas de su espíritu cansado, en la batalla con sus destinos históricos, con su esposa que le recordaba sus deberes, con el Emperador que le afeaba su conducta, con el Papa que le negaba el divorcio, encontró lo que buscaba, la muerte, que, á la vez que á su amada, le brindó su negra copa dulcificando los bordes con la sabrosa miel del amor.

En esa misma imperial familia de los Hapsburgos, la terrible melancolía enjendrada por el desprecio de la pompa real, está tomando las proporciones de un epidemia. Ya es un archiduque que se establece en las Baleares á guisa de persona particular para que le dejen en paz las molestias insoportables de su rango; ya es otro príncipe de la propia casa que se despoja de sus cargos y honores a fin de convertirse en el capitan de buque mercante Juan Orth que encuentra oscura muerte en mares desconocidos. En Suecia y Noruega un hijo del rey Oscar renuncia á su porvenir por casarse con una camarera de su madre: Alejandro de Batenberg, después de haber sido rey de Bulgaria y héroe en las jornadas de la guerra con Servia, derriba de un puntapié el castillo de sus ambiciones, da su mano á una cómica y se convierte en modesto oficial del ejército austriaco; en Bélgica, según las últimas noticias, otro idilio trágico semejante al de Rodolfo pone fin á la vida del heredero del trono, el Príncipe Balduino, cuyo nombre trae á la mente las glorias remotas de las cruzadas.

Páginas sombriamente conmovedoras son las que nos ofrecen estos esquíleos episodios de *fin de siglo*! Sin duda los príncipes, al llegar á esta postrer etapa de sus destinos, solicitados por la índole especial de su representación histórica que les dicta la resistencia contra los decretos de la suerte y á la vez, descorazonados por la oleada democrática y niveladora de estos tiempos de parlamentos rebeldes y hondas crísis sociales, quieren despedirse de un modo original del mundo que gobernaron como dueños. Así vemos un Guillermo II de Alemania que ora sueña con los edictos pacificadores de Constantino, ya con las glorias militares de Carlomagno en una época en que los reyes son Gambettas y Gladstones, hombres que visten vulgar levita y mueven á las muchedumbres para llevarlas á ganar batallas con cédulas electorales. Así el Todopoderoso que, á orillas del Neva dicta leyes á ochenta millones de seres humanos, ya amenaza arrogante, como Attila, á la Europa occidental ó ya se recluye en la más apartada de sus alcobas donde mira brillar puñales que mueven manos invisibles. Triste condición la de esos hombres con tal rango y en semejante siglo! Porque ó creen en el papel que desempeñan y entonces ¡qué desgraciados son en medio de la incredulidad de las gentes ante un símbolo vacio; ó se sienten tocados tambien del excepticismo general y en ese caso con qué amarga sonrisa acojerán los honores casi divinos que se les tributan! Solo así se comprende aquella tristeza sin consuelo que impuso la abdicación a Diocleciano y le llevó á sembrar coles en Nicomedia.

En estos períodos de transición, paréntesis de grandes transformaciones, se presentan siempre fenómenos de esta clase. Y los que más sufren son los que han vivido, en mayor contradicción con la realidad, que es implacable en sus castigos. La adaptación ficticia impuesta en el orden político y social por convenciones pasajeras ó por la prolongación exajerada del pasado en el presente, al fin y al cabo se deshace sin respetar las condiciones individuales de aquellos que las aprovechan. Nunca los príncipes han sido mejores que hoy, y nunca han sido más desventurados. Noble y caballeresco era Maximiliano, simpá-

tico y bondadoso Amadeo de Saboya, generoso é ilustrado Don Pedro del Brasil y los tres cayeron al soplo huracanado de las revoluciones contemporáneas. Y nada decimos de esos eternos exilados como D. Carlos de Borbon, D. Francisco de Nápoles, D. Miguel de Braganza, Felipe de Orleans, Jorge de Karegeorgewicht, porque desde hace muchos años tienen el *lasciate* sobre la frente. Y es que la herida viene de atrás; viene de la revolución francesa que hace cien años dió su fallo. Un siglo en cualquier otro período de la Historia, es un minuto; en las agonías de esta centuria es casi una eternidad.

RAMIRO.

EN UN ALBUM.

(CRÓQUIS).

Estábamos en la playa.

Recuerdo, adorada amiga, que aquella tarde te dió por hacerme preguntas. Me interrogastes primero sobre el Amor, después sobre la vida, sobre la felicidad, sobre la poesía......

Al lado tuyo, como al lado de una reina, no cabía otra cosa que complacer, y yo, aún á costa de grandes esfuerzos, respondía á todas tus preguntas.

Nuestro diálogo cesó, no sé porqué. Creo que allá á lo lejos, en la linea del horizonte, divisaron tus pupilas la vela de un barco, absorviéndote aquel paisaje, que tantos pinceles románticos han descrito, toda la atención que habías puesto en mí.

Después me quedé solo, pensando en que ninguna de mis frases viviría en tu corazon.

Mientras yo te hablaba de todas esas cosas, tú te entretenías en deshojar rosas y arrojarlas al mar.

En cada pétalo que se llevaban las ondas me pareció que iba una palabra mía.

ENRIQUE FONTANILLS.

BIENVENIDA.

Se la damos muy cariñosa á nuestro querido amigo el Doctor Eduardo G. Lebredo que acaba de llegar á la Habana, en el vapor *Reina Cristina*.

Eduardo Lebredo ha sido uno de los redactores mas celebrados de este semanario, que lo cuenta siempre entre los más distinguidos.

Vuelve de Madrid, despues de seis meses de ausencia, que ha empleado en la corte, en el trato de la mejor sociedad, siendo uno de los más asiduos á las salas de armas, donde ha dejado bien sentada su reputación como tirador, y en los buenos círculos en los que su fino y elegante trato le ha hecho adquirir grandes simpatías.

Ha escrito un libro que muy pronto se publicará y en el que veremos con gusto su nerviosa pluma lucir las galanuras de su estilo.

La Redacción saluda á su antiguo compañero y le da la más afectuosa bienvenida.

NOS ALEGRAMOS.

Con verdadera satisfacción hemos sabido que nuestra respetable amiga la Sra. Mercedes Ramos Izquierdo de Müller, ha experimentado una gran mejoría en la grave dolencia que la aquejaba y que puso en peligro su vida.

Nos felicitamos de consignarlo, deseando el más pronto restablecimiento de tan distinguida dama.

EN LA ACACIA.

Imposible transitar por la calle de San Rafael sin detenerse un momento ante aquella preciosa joyería. Sería lo mismo que recorrer un prado y pasar con indiferencia por el lado de un lirio de bengala.

Las joyas cuando son como las de *La Acacia* tienen el mismo atractivo que las flores. El cambiante de una piedra hiere nuestra fantasía lo propio que el perfume de una rosa.

—

La Acacia es hoy para las personas de gusto lo que una aurora para los poetas, lo que el Amor para la juventud.

Hay establecimientos que se singularizan por el verbo de novedad que domina en todos sus objetos. La casa de los hermanos Cores es una de ellas.

Todo establecimiento que cuenta con la simpatía de las damas, asegura su existencia, como se asegura el Amor por la sonrisa de labios femeninos.

Y *La Acacia* cuenta, no ya con la simpatía, con la predilección de nuestras mujeres. Sobre pedestal así, toda empresa es una serie de éxitos inacabable.

MEFISTOFELES.

M. STEIN.—

Acabamos de visitar el elegante establecimiento de Stein; como siempre, está repleto de novedades en telas de la estación. Allí de los casimires ingleses, de las franelas á rayas y de los caprichosos *Kalnoky*.

El último figurín está á todas horas sobre la mesa de Máximo. Todas sus indicaciones las sigue *Cuyo—le maitre*—al pié de la letra. Así es que todos los trajes marcados con el sello de aquella casa llevan la expresión de la moda. No es posible oponer el más leve reproche á una prenda salida de ese taller. Es la opinión unánime de los elegantes.

Notas y Noticias.

Nuestro director artístico Manolo del Barrio, que estuvo enfermo de algun cuidado, se encuentra hoy fuera de peligro.

Nos place manifestar esta noticia á los numerosos amigos y admiradores del joven artista.

Los excelentes resultados ofrecidos por el *Vino de Papayina*, preparado según fórmula del Dr. Gandul, lo colocan entre los medicamentos óptimos. Prueba de ello es que actualmente no se indica otra cosa para la dispepsia y la gastralgia que esa pepsina vegetal, de la cual tanto consumo se hace en el laboratorio de nuestro amigo Perez Carrillo, Neptuno 233.

Bailes de disfraces esta noche en las Sociedades de Recreo de la Habana: *La Caridad*, *Casino Español*, *Aires d'a miña terra*, *Centro Gallego*, *Centro de Dependientes* y el *Pilar*.

El miércoles en el *Círculo del Vedado*.

Ha comenzado á publicarse en Nicaragua un diario titulado *Correo de la tarde*, dirigido por el notable poeta Rubén Darío, cuyos trabajos de colaboración han realzado tantas veces las páginas de este semanario.

Víctima de rápida y aguda dolencia ha fallecido el jueves D. Fernando Casa-Nova, director del periódico *El León Español*.

Acompañamos en su profunda pena á los familiares del que fué nuestro compañero en la prensa.

Un surtido realmente primoroso de abanicos y guantes llena hoy los anaqueles de los expléndidos establecimientos *La Especial* y *La Complaciente*.

Los abanicos *Rip* y los guantes del piel de Suecia á tres rayas de seda, son de un gusto delicioso.